

—¿Qué es eso?—me preguntó.—¿Estás triste? ¿Qué te sucede?

Conocí que debía disimular, y que mi decoro exigía que no diese á conocer mis sospechas; pero no pude contener el exceso de mi ira y de mi dolor, y exclamé, volviendo á prorrumpir en llanto:

—¡Ah, caballero! ¿y usted me lo pregunta?

—¿Qué significa ese lenguaje?—dijo Luciano admirado.

—Significa que sé las infamias de usted, y que voy á arrojar de mi casa á su indigna cómplice.

—Margarita, ¿te has vuelto loca?—preguntó mi esposo.—Mira lo que haces, y cuida de no caer en un engaño ridículo.

Salió, dichas estas palabras, y yo me ví precisada á empezar á vestirme para un baile, al que debía asistir aquella noche.

Detúvose Margarita fatigada, y yo contemplé con profunda lástima á aquella criatura nacida con todos los elementos necesarios para ser dichosa, y á quien la fatalidad, ocasionada por su impremeditación, había sumergido en la desgracia.

VIII

Después de algunos instantes de silencio y de recogimiento, la señora de Hiestrosa prosiguió su relato con voz alterada por los amargos recuerdos que despertaba en su alma esta parte de su historia.

—¡Qué de terribles acontecimientos en un año, querida Baronesa!—dijo.—Cuando mi mente los repasa, creo que me aflige un sueño horrible, y me parece mentira que de tal modo se haya cambiado mi existencia, y, sin embargo, nada es más cierto: yo he caído desde la cumbre de la dicha al abismo de la más profunda desgracia, y todo á causa de este carácter frívolo é irreflexivo que ha encubierto siempre todas las buenas cualidades con que Dios me había dotado.

¡Ah! ¿por qué acusamos al cielo de los dolores que sufrimos? Casi siempre son buscados por nosotros mismos, y es seguro que si estudiásemos nuestros defectos para corregirlos, nos evitaríamos muchas lágrimas.

No podré expresar á usted la impaciencia febril con que esperé que llegase la hora de ir al baile. Sabía que había de hallar en él á la Condesa.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1500. 105 MONTECITRE, MEXICO

quería herirla delante de todos de una manera mortal; pero antes quería cerciorarme de que existía inteligencia entre ella y mi esposo, y sorprender alguna de sus miradas, descubriendo á todos la traición de que era víctima.

—¡Qué imprudente decisión!—exclamé yo, casi asustada de lo que iba á oír.

—De ella data mi verdadera desgracia—repuso mi pobre amiga;—hasta allí todo tenía remedio: el escándalo es lo que hizo imposible para siempre mi dicha.

Llegó, por fin, la hora del baile. Para conseguir mejor mis fines, y temiendo que si mi marido sospechaba algo de la venganza que estaba meditando me quisiera dejar en casa, aparenté tranquilidad y alegría, y salimos hablando poco, pero mostrándome muy afable.

Cuando entramos en el salón de la Marquesa D..., estaba la fiesta en toda su animación.

El salón parecía alumbrado por los brillantes rayos del sol: tal era la profusión de bujías que le iluminaba; las damas, cubiertas de joyas y de pedrerías, le guarnecían como una bella y animada guirnalda, y en el centro bailaban muchas parejas, meciéndose al compás de una música lánguida y voluptuosa; la orquesta tocaba un vals de Strauss.

A la derecha, y cerca de la puerta, percibí á la Condesa. Su atavío era deslumbrador: se componía de un traje de encaje blanco, con transparente de raso blanco también, y sujeto el primero con

broches de perlas, en cuyo centro brillaba un diamante de gran tamaño, como una gota de cristalino rocío.

La blancura mate del traje era casi igual á la nacarada blancura de la tez de la Condesa, pura y transparente como las hojas de una camelia.

Sus cabellos caían en rizos, negros como el ébano, por sus hombros y espalda, guarneciendo sus mejillas y acariciando su pecho desnudo.

Reparé en su primera mirada, que fué á fijarse, como un dardo de fuego, en mi marido.

Yo no puedo expresar lo que sentí al ver aquella mirada: mi corazón se heló, y poco después le sentí abrasarse como una hoguera; perdí la vista, y creyendo que iba á desmayarme, miré en torno mío para buscar algún apoyo; una sola persona hallé á mi lado: era el Vizconde de San Andrés, que me miraba fijamente, y que comprendió, sin duda, la tempestad que rugía en mi alma, porque se inclinó hacia mi oído y me dijo:

—Vénguese usted. Yo la amo.

Me volví á mirarle, y una sonrisa amarga se dibujó en mis labios, según él mismo me ha dicho después.

—Venga usted—le dije;—me sentaré aquí... Siéntese usted á mi lado.

Abandoné el brazo de mi marido y me senté, imitándome el Vizconde; pero en vez de hablarme de su amor, y comprendiendo quizá lo que yo sufría, aquel noble joven, á quien el mundo ha

dado la patente de seductor, me miró con una compasión llena del más profundo respeto.

—No es mi cariño para usted—me dijo con voz llena de emoción,—el deseo vil de seducirla. Si la viera dichosa, atentaría quizá á su dicha; pero la veo muy infeliz; creo que ama á su marido, y que la venganza que hace un instante proponía á usted, lejos de consolarla, agravaría sus males. No quiero ser, pues, por ahora más que su amigo; debe usted temerlo todo de esa mujer... Pudiera decirle quién es; pero sólo le ruego que se guarde de tenerla por enemiga.

Mi marido, que me había dejado sentada en el hueco de una ventana donde yo hablaba con el Vizconde, había ido al lado de Blanca, llamado por la mirada de ésta; se había sentado á su lado, y le hablaba con tanto fuego y á la vez con tal descuido y abandono, que llamaba la atención general.

Ví á algunas personas pasar por delante de ellos y mirar á la Condesa con aire burlón, y luego mirarme á mí del mismo modo; oí palabras extrañas, y sentí de nuevo desvanecerse mi cabeza.

—¡Es natural, cada uno por su lado!—dijo una dama no muy lejos de mí.—El con la Condesa, ella con el Vizconde: ninguno tiene de qué quejarse.

Estas palabras fueron pronunciadas con aire desdeñoso; pues aunque se diga que en el gran mundo impera el escándalo, es indudable que los

que esto afirman lo han frecuentado poco. En el gran mundo hay personas que cuidan de su decoro, y las buenas formas son apreciadas, y se respeta casi siempre lo que es respetable.

Llena de rubor y de indignación al oír estas palabras, me levanté y dije al Vizconde:

—Deme usted el brazo y acompáñeme hasta donde se halla mi marido.

—¡Margarita! ¿qué va usted á hacer?—me preguntó el Vizconde en voz baja.—¡Prudencia, por Dios!

Yo no le respondí: tomé su brazo y le llevé, más bien que me dejé conducir por él, hasta donde se hallaba Luciano.

Éste, al verme delante de él, levantó la cabeza.

—Caballero—le dije,—vengo á noticiarle que me retiro á casa.

Luciano perdió el color. He visto pocos hombres tan cuidadosos como él de las buenas formas, y la amenaza de una escena ridícula le hizo palidecer.

Yo también debía estar terriblemente demudada, porque la Condesa me miró con asombro.

Sin embargo, como mujer de mundo y muy dueña de sí misma, se levantó y procuró contener la tempestad; tomó mis manos y exclamó:

—¿Pues qué, querida Margarita, se siente usted mala? ¿Por qué desea retirarse?

Yo desprendí mis manos con cólera y desprecio, y respondí:

—Señora, es en verdad inconcebible que se atreva usted á dirigirme la palabra.

—¡Dios mío!—exclamó Blanca.—¿Qué estoy oyendo? ¿Pues no soy su amiga de usted?

—Desde hoy sólo es usted á mis ojos una mujer despreciable—respondí;—una mujer para la cual mi casa estará siempre cerrada.

Volví la espalda, dichas estas palabras, y quise alejarme; pero ¡ay! la gente se había ido reuniendo alrededor nuestro, y hallé fijas en mí tantas miradas curiosas y burlonas, que me sentí desfallecer. Una mujer que se enojaba porque su marido estaba galante con otra, era una cosa tan extraña, que no podía dejar de excitar la hilaridad de todos los necios.

Pude, por fin, atravesar por aquel círculo, que me sofocaba como si hubiera sido de fuego; y debo decirlo en honor del Vizconde: éste, á pesar de la posición ridícula en que yo me había colocado, no me abandonó, y respondió con altivas miradas á las miradas de mofa de los que hallá-bamos al paso.

¿Pero de qué me servía ya aquel valor suyo, aquella prueba de leal amistad que me daba? ¡Ay! sólo de empeorar más la triste situación en que yo me había colocado con mi ingenua indignación, con mi leal candor.

Si yo hubiera disimulado mi cólera y mi dolor, si hubiera hallado consuelo en las galanterías del Vizconde, no me hubiera culpado tanto; pero lo

que había hecho era ridículo, y el ridículo es la llaga más incurable y que menos lástima inspira.

—Mi reputación, al verme salir apoyada en el brazo del Vizconde, del seductor oficial de las mujeres, quedaba destruída; mi marido y yo cubiertos de ridículo: sólo la Condesa quedaba triunfante.

El rubor, el dolor de sus tristes memorias, cortaron de nuevo el acento de Margarita, que permaneció largo rato silenciosa y dejando correr gruesas lágrimas por sus mejillas.